

PJK 13: El 20 de Enero y el infierno de Dachau

Estando el Padre preso en la cárcel de Coblenza y meses antes de irse a Dachau, nació algo nuevo. El día de Navidad de 1941 una Hermana muy joven, la Hna. Mariengard, (Hna. Maríajardín traducida literalmente) se le ocurre escribir una carta al Niño Jesús poco antes de Navidad. En ella pide al Niño Jesús que, como regalo de Navidad, realice un milagro de Nochebuena: la liberación del Padre fundador. La carta es muy bonita y sencilla. La Hermana se la regala a su Superiora, a fin de darle una alegría, y ésta, sin decir nada, la hace llegar al Padre fundador en la cárcel, quien la recibe. Ese día el Padre fundador escribe dos cartas: una a la Familia en general y otra a la Hna. Mariengard. Coblenza. Pero las dos cartas contenían una idea nueva. El nombre de la Hna Mariengard, es un nombre que al darlo vuelta significa "Jardín de María". El P. Kentenich le escribe a nombre del Niño Jesús una carta al parecer muy simple:

Mi pequeña y querida Mariengard, cumpliré tus deseos cuando tu corazón y el corazón de toda la Familia se transformen en un florido jardín de María. Así, pues, el cumplimiento de tu petición, "el milagro de la Nochebuena", está en tus manos y en las de los hijos de Schoenstatt. Apresúrense para que no sea demasiado tarde...

¿Qué es lo nuevo en esta carta tan simple? El Padre fundador expresa, en una forma muy clara, la solidaridad de destinos que lo ata a él con la Familia; da a entender

que su liberación física va a depender de la libertad interior que conquiste la Familia.

Ese mismo día, en la otra carta que escribe a toda la Familia, expresa esto en forma más explícita. A partir de ese día el Padre fundador empieza a insistir en esa idea: Yo estoy preso por ustedes, con la entrega de mi libertad exterior estoy pagando la libertad interior de ustedes; y ustedes van a tener que pagar mi liberación exterior con su libertad interior, es decir, luchando por hacerse hombres interiormente libres, enteramente dispuestos a aceptar todo lo que Dios quiera en cualquier momento. Así ustedes, con su libertad interior, van a conquistar la mía, mientras que yo, por mis cadenas físicas, voy a conquistar la libertad de ustedes...

Y el 20 de enero de 1942, el Padre, en la fe, llega a la siguiente conclusión: Dios quiere que yo ofrezca mi vida por la Familia, como el Buen Pastor... En concreto, esto significaba que el P. Kentenich decide libremente a ir al campo de concentración.

Y es increíble cómo se movió la Familia -especialmente las Hermanas- durante todo ese mes de enero. ellos se juegan por entero tratando de buscar una salida a la situación. Han conseguido que el médico de la cárcel se muestre dispuesto a declarar al Padre fundador "no apto para el campo de concentración", en atención a una deficiencia pulmonar de la que sufre, siempre que él requiera sus servicios, se declare enfermo y solicite ser eximido por incapacidad física. La Familia está feliz por haber encontrado esta solución. El plazo para que el P. Kentenich eleve esta solicitud vence el 20 de enero a las cinco de la tarde.

Pero, en el Padre fundador, poco a poco, se ha ido gestando la convicción de que él tiene que imitar a Cristo, el Buen Pastor, de que él no va a engendrar vida en la Familia, en primer lugar, recobrando su libertad y volviendo a predicar, sino que su tarea principal es engendrar vida mediante la cruz; que su paternidad ha de ser como la de Cristo y que, por eso, debe entregarse arriesgando la propia vida. Pasa toda la noche del 19 al 20 de enero rezando.

Mientras tanto le ha llegado una cantidad de cartas. La Familia está intranquila porque se da cuenta que él no se muestra muy entusiasmado con la idea de ser eximido por el médico y quieren insistirle. Ese día el Padre escribe tres cartas. En una de ellas dice: "Me llegan cartas que me martirizan". Pero él

nunca ha temido por sí mismo; desde que está preso su única preocupación era: ¿Será tan fuerte la Familia como para resistir este golpe? ¿Se habrán derrumbado con mi prisión? .

Y cuando está por tomar la decisión de ir libremente al campo de concentración, su angustia es la misma: no es por él, sino por la Familia: ¿Irán a comprender mi proceder si yo doy este paso y rechazo todo lo que han hecho por salvarme? ¿Tendrán la fuerza de salir adelante?...

El Padre fundador pasa toda la noche en oración y, en la mañana de ese día 20, durante la Misa -celebra Misa con una patena que es la tapa de un reloj y un cáliz que es una de esas copitas para comer huevos que le han enviado las Hermanas- toma la decisión de no firmar la solicitud y acepta ir a Dachau.

En el Infierno de Dachau

A pesar de su mala salud, de su bronquitis crónica, de sus resfríos, ha de andar con zuecos de madera en pleno invierno. Tiene poquísimo abrigo y, sin embargo, se mantiene sano. En el campo de concentración brotan epidemias de disentería, de tifus exantemático. La gente muere de hambre y el P. Kentenich, que tenía una salud muy frágil, sale adelante, perdiendo -eso sí- muchísimos kilos y habiendo estado a punto de caer en el tiempo de la gran hambruna. Hubo períodos en que él casi no podía caminar de debilidad, pero sale adelante. Dios protege su vida en forma increíble. Varias veces estuvo también a punto de ser destinado a unos transportes donde se enviaba a la muerte a aquellas personas que los nazis querían eliminar. Pero la Mater lo salva una y otra vez.

Más interesante aún es la forma como conserva su fuerza interior en este tiempo. El campo de concentración estaba planeado para destrozarse a las personas. Los hombres eran tratados como un simple número y todo estaba científicamente concebido para despersonalizar, a partir desde el mismo tratamiento inicial, donde los rapaban y les echaban insecticidas como si fueran animales, haciéndoles sentir que ya habían perdido toda su dignidad humana de ciudadanos.

El P. Kentenich llega a ese ambiente y al entrar se encuentra con un jefe de la Gestapo que lo insulta y le grita ser traidor a la patria. La Gestapo había catalogado a Schoenstatt como enemigo número uno del nacional-socialismo, porque se daba cuenta que los schoenstattianos estaban tan convencidos de sus ideas que era muy difícil hacerles un lavado cerebral. Este hombre trata al P. Kentenich en una forma grosera, violenta, según era costumbre entre los jefes nazis. El no le responde nada. Al día siguiente lo vuelven a llamar y lo conducen donde este mismo jefe que le había tratado tan violentamente. El P. Kentenich le dice muy tranquilamente: “Quisiera saber qué motivos tuvo usted para gritarme ayer como lo hizo”. Esto fue tan inesperado para el otro, que terminó contándole toda la historia de su vida y se le abrió como si fuera un niño.

Apóstol en cadenas:

También ese primer día, al salir de las oficinas de recepción, el P. Kentenich se encuentra con un prisionero comunista que hace de jefe del bloque de entrada. Este decide burlarse del cura que llega y le dice que todavía nadie ha visto a Dios en Dachau. Lo único que responde él es: “Pero seguramente han visto al diablo”. Este jefe va enseguida al bloque de entrada y allí les cuenta a todos que llegó un prisionero singular, que acaba de pasar por los trámites de entrada, que allí le gritaron, lo raparon, se burlaron de él y que, sin embargo, tiene todavía el ánimo de hacer chistes, sin demostrar miedo alguno. Por todo el campo de concentración se corre la noticia: “Ha llegado un hombre que no tiene miedo, ha llegado un hombre que es capaz de bromear”. Con la misma rapidez se conoce también la situación habida con el jefe de la Gestapo. A través de todo eso, el P. Kentenich adquiere, desde el primer momento, un enorme autoridad moral en el campo de concentración.

Sus grandes amigos en Dachau, los que muchas veces le salvaron la vida, fueron comunistas. El P. Kentenich despliega con ellos una relación de paternidad expresada humanamente, muy honda y auténtica. Ellos se sentían atraídos por su acogimiento, por su respeto. Frente a un hombre como él, todos sentían la necesidad de abrirse. El P. Kentenich ayudó mucho y conversó mucho, durante varios

años, con uno de esos jefes comunistas; fue muy paternal con él y, sin embargo, nunca le habló de religión. Lo servía en lo que el otro necesitaba, a partir de las inquietudes que tenía. Sólo al final, cuando llegó el momento de separarse -pues tocaba a su fin el campo de concentración- el P. Kentenich le dijo: “Le voy a pedir una sola cosa como signo de la amistad de todos estos años: que cuando usted vuelva a su casa, alguna vez lea la Biblia en recuerdo mío y trate de ver si lo que ahí se dice le interesa”. Como éste, tuvo muchos amigos comunistas o protestantes. Todos se sentían atraídos hacia él por la fuerza de su personalidad, independientemente de sus convicciones religiosas

Pero, evidentemente, el P. Kentenich desplegó su paternidad con una fuerza aún mucho más extraordinaria frente a la gente que le estaba más cerca. Entre los sacerdotes y los católicos del campo de concentración y frente a la Familia desarrolló un apostolado increíble en esos años, apostolado no sólo personal, sino que también epistolar. El sistema de las cartas ocultas siguió. Las Hermanas fueron muy ingeniosas para buscar caminos de contacto: le mandaban alimentos con cartas adentro, se vestían de civil e iban a comprar flores en el campo de concentración para hacerle llegar cartas y noticias, y así, a través de toda una cadena de “contactos”, fueron descubriendo diferentes canales para que fueran y volvieran los mensajes.

El Padre fundador escribió varios libros en el campo de concentración, por ejemplo, “La piedad instrumental Mariana”. Para las Hermanas escribió un libro que se llama “Imagen del Pastor”, donde les detalla instrucciones en relación a su espiritualidad, a las formas de organización de su comunidad, al funcionamiento del noviciado, etc. Y para que la Gestapo no se diera cuenta de qué se trataba, escribió todo esto en versos. El libro tiene en total casi seis mil estrofas. Había días en que dictaba más de cien estrofas diarias. ¡Y los versos son todos con rima! Elaborar el material y después ir vertiéndolo en versos exige un esfuerzo mental enorme. Todo esto, lo hacía mientras un grupo trabajaba zurciendo sacos, aunque normalmente él no zurcía sino que dictaba y otro de los zurcidores - a escondidas por supuesto- estaba todo el día escribiendo.

Los mismos jefes comunistas le ayudaban. Por reglamento no se podía permanecer durante el día dentro de los galpones. Pero, a veces, los jefes -simulando estar enojados- lo llamaban para que fuera a limpiar las ventanas. En el fondo lo hacían para darle oportunidad y tiempo para escribir. También lo ayudaban a pasar a la enfermería para ir a dar la comunión a los enfermos. Así realizaba todo un trabajo subterráneo impresionante. Durante mucho tiempo, daba también meditaciones todas las tardes en el bloque de los sacerdotes. El era allí la persona que mantenía el espíritu en alto.

Asimismo, el “Hacia el Padre” lo escribió en Dachau. El texto alemán también es en versos rimados. Es increíble pensar que el P. Kentenich haya podido dictar oraciones tan hermosas y puras como el “Cántico al terruño”, donde se habla del ideal de la tierra nueva, del hombre nuevo, de la nueva comunidad, en medio de un ambiente bestial y demoníaco, sistemáticamente planeado para rebajar a los hombres. El contraste entre uno y otro mundo es abismante.

En Dachau la comida estaba calculada al justo para que un hombre alcanzara el máximo de rentabilidad, es decir, para que, comiendo un mínimo, no se muriera y pudiera trabajar. Para eso se calculaba lo estrictamente necesario para que la persona viviera y para que pudiera, con su mismo trabajo, costearse su mantención. En el aporte a la propia mantención hecha por el reo, estaba calculado hasta el precio de venta de sus cabellos, de sus huesos, el día que muriera y lo que podrían rendir sus cenizas, si es que se le cremaba. ¡Hasta eso estaba calculado!

Y en este ambiente redacta el P. Kentenich un libro como el “Hacia el Padre”. En medio de ese infierno logra mantener todo el ambiente virginal propio de la Mater. Por ejemplo, conscientemente, nunca trató a nadie de “tú” en Dachau. Apenas llegaban al campo de concentración los trataban de “tú”, pero con ese “tú” con que se trata a los perros, no con un “tú” de amistad y respeto. El P. Kentenich siempre quiso tratar a los demás de “usted”, para hacerles sentir y recordar su dignidad y el respeto que se les debía. En Dachau la gente se iba acostumbrando a ser tratada como

perros, se peleaban la comida, se robaban el pan unos a otros, se tiraban encima de los platos como animales. Y el Padre fundador, en ese ambiente, trata de “usted” y predica sobre la actitud digna del hombre frente a la comida. El siempre fue libre frente a esto. Siempre repartió su comida, daba lo que recibía de regalo e, incluso, repartía de su propia ración de hambre. Era un hombre que se mantenía por encima de estas cosas y que irradiaba paz y dignidad humana.

El P. Kentenich se da cuenta que el espíritu que Dios le ha regalado a la Familia es un espíritu capaz de superar todos los problemas que se avecinan al mundo del mañana. El se dio cuenta que esta oleada de brutalidad que significó el nacionalsocialismo, era apenas un anticipo de lo que va a venir sobre el mundo en el futuro, y que si Schoenstatt fue capaz de vencerlo, la causa está en su carácter de Familia: fue eso lo que les dio las fuerzas para superar todas las dificultades de este tiempo. Por eso, cuando sale de Dachau, el Padre fundador considera esos años y toda la historia vivida en ellos como el sello definitivo de la Providencia Divina en la vida de la Familia, como la gran confirmación de Dios sobre la misión de Schoenstatt frente a la Iglesia y al mundo del futuro.

Trabajo en Grupo:

- 1- **¿Qué les llamó más la atención del texto?**
- 2- **¿En qué consiste eso de que hay que tener libertad interior?**
- 3- **¿Cuál fue el secreto de los schoenstattianos para sobre vivir en esas circunstancias tan difíciles?**

Textos y Citas tomadas de:

“La Historia del PJK”. P. H. Alessandri. Ed. Patris.